

En ese ataque fué herido el coronel Villasana, que mandaba el batallon de cazadores; y en la tarde, quedó hecho el cambio que debia ejecutar el general Castillo.

Habiendo esquivado los republicanos el combate en todas las ocasiones que se les desafió á él y ocupando ya todas las alturas del Oriente, el dia 13 se cambió el cuartel general de los sitiados al convento de la Cruz, á donde se llevó la brigada de reserva.

El dia 14 de Marzo se resolvieron los republicanos á dar un ataque general á la plaza, para lo cual se distribuyó su artillería en todas las alturas que por el Norte y el Oriente dominan la plaza, y se organizaron dos divisiones, para atacar por el Oriente y el Norte, encomendando la primera al general D. Ramon Corona y la segunda al general D. Gerónimo Treviño, á la vez que el general Guadarrama con una division de caballería, debia atacar por el camino del Pueblito, parte llana y enteramente descubierta de la ciudad. (Reseña de las operaciones del ejército del Norte.)

Preparado todo para el ataque, el cañon que los republicanos tenian sobre el cerro de Carretas, como clarin de órdenes en su extensa línea, disparó cuatro veces sobre la plaza, y en el acto empezaron su movimiento las divisiones destinadas al ataque. La que anduvo mas veloz, fué la caballería del general Guadarrama, que luego encontró con la caballería de la plaza mandada por el general Mejía, que de pronto contuvo la marcha agresiva de los asaltantes, y luego dió sobre ellos una carga tal, que arrollada aquella gran masa, la siguieron dispersando hasta mas de una legua, volviendo el general Mejía á ocupar su punto, trayendo algunos prisioneros.

No fueron mas felices las divisiones de Oriente y Norte, que tambien fueron rechazadas: la primera habia atacado el convento de la Cruz; y no pudiendo dominar aquel

punto, quiso penetrar á la ciudad, volteando sobre la izquierda de la línea, para entrar por una calle, que estaba sin fortificar y sin guarnicion. Visto este movimiento, se encargó al general Mendez contener aquella fuerza, que marchaba á gran prisa: Mendez parado en la puerta del cuartel de la reserva, dijo al gefe del 3er. batallon «Deme vd. 100 de esos valientes que saben seguirme en los peligros» y con aquella fuerza contuvo el avance de los sitiadores, y levantó un parapeto provisional en aquella calle. La division del Norte que se posesionó del cerro de S. Gregorio, colocó en él su artillería, y de él hizo descender sus columnas sobre la línea del rio, de donde fueron rechazadas dos veces por el general Castillo, auxiliado con la batería del cerro de las Campanas. Despues de las doce del dia, las dos divisiones de ataque reorganizaron sus columnas, reforzándolas con mayor número de gente: la del Oriente dividió entónces su ataque, cargando la columna mas débil á la Cruz, solo para llamar la atencion, y una vez empeñado allí el combate, cargó con la mas fuerte sobre la Alameda, punto abierto y sin fortificacion, cuya línea defendia el general Mejía. Como allí no habia artillería, la pidió al general Miramon, quien personalmente ocurrió allá con dos piezas y el batallon de tiradores que mandaba su hermano Carlos: con esta fuerza sostuvo el ataque de frente, mientras el general Mejía con su caballería desbarató por la izquierda las columnas de asalto, persiguiéndolas hasta llevarlas en desórden á los campamentos de las alturas. En la línea del Norte, fué mucho mas fuerte el ataque: las columnas eran numerosas y cargaron con tanto ardor, que parecia brotar fuego toda la falda del cerro y la ribera del rio; y el general Castillo creyó oportuno pedir parte de la reserva que le fué dada del 3er. batallon, con lo cual se rechazaron los republicanos, perdiendo una pieza rayada que quitó el 2º

batallon, persiguiendo á la balloneta á los contrarios hasta la cima del cerro.

Fatal habia sido el ataque para los republicanos; pero su fuerza era tan crecida, que pronto podian volver á la carga con nuevas columnas; y cuando eran rechazados de una parte, ya presentaban el ataque por otra. En el último que dieron á la Cruz en la tarde de ese día, habian introducido tres batallones por la calle de los Cipreses, que está al flanco derecho de la Cruz, y como se cubrian con las mismas fábricas, pudieron penetrar sin ser vistos hasta la barda de la huerta del Convénto. En aquel acto, toda la fuerza se hallaba sosteniendo el último y rudo ataque que se dió en toda la línea Oriente y Norte: se dió aviso al general Márquez de la fuerza que por allí iba penetrando, á cuyo peligro ocurrió con un valor de que hay pocos ejemplos: primero, con diez y siete hombres del 1.º batallon, entró á la huerta y atacó á los enemigos por la misma barda; y saliendo violentamente, con la guardia de un fortin y una pieza, ocurrió á batir de frente á aquella columna, que rechazó de una manera admirable. Cuando salia á ejecutar esta operacion, se le unió el coronel Ramirez Arellano, que lo acompañó en el ataque de frente.

Como el ataque de ese día fué general y duró ocho horas, hubo necesidad de que tomara parte toda la guarnicion, cumpliendo todos con su deber y haciéndose muchos prodigios de valor en aquella gloriosa jornada; pero se distinguieron de una manera especial, el general Márquez en la calle de los Cipreses, cuya accion fué de las verdaderamente heróicas: el general Miramon en la Alameda: el general Mejía, en los dos ataques que sufrió su línea; distinguiéndose mucho en el último, el coronel Quiroga, el comandante D. Francisco Araujo y el paisano D. Gorgonio Niño: en la línea del rio, el general Castillo á quien se ascendió á general de Division: el coronel

R. Arellano: el coronel D. Juan de D. Rodriguez, que fué herido, y á quien luego visitó personalmente el Emperador, concediéndole la cruz de Guadalupe, como premio á su valor: el capitan Dominguez, que acompañó al general Márquez á la huerta de la Cruz, allí fué herido y murió una hora despues, los capitanes Lingder, Miguel Gutierrez y Rafael Renteria, este último ascendió á comandante del primer batallon; y el comandante D. Macedonio Victoria, que con algunos paisanos fué quien quitó la pieza rayada.

En aquel ataque tan formidable, tuvo la guarnicion de la plaza 252 bajas entre heridos y muertos: al enemigo se le hicieron cerca de 400 prisioneros, perdió como mil hombres muertos y heridos, y sufrió una gran baja en lo que se dispersó de toda su línea.

El día 15 á la vez que la guarnicion esperaba á los contrarios en la línea de batalla, creyendo se daría un segundo ataque, el Emperador se ocupaba de arreglar el servicio de hospitales para los heridos, no solo de la plaza, sino de los que se recogieron de los sitiadores. El Dr. D. Joaquin Martinez gefe de la seccion sanitaria del ejército, quedó encargado de todo lo relativo al servicio temporal de los enfermos, y para llevar el bálsamo espiritual, en aquellas almas, poco antes agitadas en el calor del combate, como las olas por una tempestad, se encargó al P. Fr. Luis Aguirre, ayudado de los sacerdotes de la ciudad, Guizasola, Figueroa y Camacho. Grave dificultad era proveer los hospitales de todo lo que necesitaban, cuando se carecia de recursos; pero el Emperador nombró una comision que excitara los sentimientos de caridad de las familias, para conseguir principalmente camas y ropa para el servicio de los heridos, dando el raro ejemplo, de que el primer colchon que se llevara al hospital, fuera el suyo. A esta prueba de abnegacion en

favor de los enfermos, correspondieron muchas familias, prestando grandes auxilios, no solo en dar algunos objetos, sino aun de prestar sus servicios para asistir la ropa de los heridos, hacer hilas y otros objetos necesarios para la curacion.

Despues de atender como era debido á los que habian derramado su sangre en un glorioso combate, se distribuyeron algunas condecoraciones á varios oficiales y soldados y se concedió tambien la cruz del Aguila Mexicana á los batallones 1º y 3º colocando esta condecoracion en las banderas de los cuerpos, cuyo acto solemne tuvo lugar á las nueve de la mañana del dia 16, despues de lo cual el Emperador felicitó á aquellos cuerpos por su brillante comportamiento en la accion del dia 14; y el general Márquez amonestó á los soldados para que apreciaran en todo su valor aquella prueba de distincion, con la cual S. M. les daba á entender que los veia como Napoleon á su guardia vieja, por lo cual debian esforzarse en el cumplimiento de sus deberes como lo hicieron aquellos veteranos.

Visto que habian pasado dos dias sin que el ejército sitiador emprendiera otro ataque, el general Miramon propuso atacarlo en la posicion de S. Gregorio, entrando en la combinacion, que esto fuera en la madrugada del dia 17, antes que hubiera luz para que el enemigo no conociera los movimientos: para esto se necesitaba una columna de infantería que atacara la posicion por retaguardia, y otra que la atacara por un flanco, sostenidas las dos por la caballería al mando del general Mejía. El Emperador accedió; y el general Márquez dió las órdenes necesarias para que el general Calvo con el depósito de oficiales cubriera el punto de la Cruz, para que el general Mendez con la brigada de reserva relevara en su línea á la division del general Castillo, quien debia concur-

rir al ataque de S. Gregorio. El general Márquez no creia que ese ataque fuera de un resultado definitivo; pero aprobado el movimiento por el Emperador, dió las órdenes necesarias para el efecto. A las dos de la madrugada del dia 17 el Emperador con su E. M. salió á situarse al Cerro de las Campanas y las fuerzas empezaron á tomar sus respectivas colocaciones: á este fin marchaba la del general Méndez, cuando al pasar una de las calles, se volcó uno de sus cañones en un foso, con lo cual se entorpeció la marcha de la columna, que no pudo relevar oportunamente al general Castillo en su línea; y como ya no dilataba la luz del dia, el general Méndez corrió al Cerro de las Campanas, hecho que yo presencié, diciendo la causa del retardo de su marcha, y que el enemigo intentaba penetrar á la plaza por el punto de la Cruz. Tal vez, no fué causa bastante el cañon volcado, para suspender la marcha de la columna de Méndez; pero el hecho es que el tiempo habia pasado sin que él estuviera en el punto de su colocacion, y el general Castillo donde tenia que atacar; y estando próxima la luz del dia, el plan habia fracasado, por lo cual el Emperador dió orden de que el general Miramon se reconcentrara á la plaza. Este hecho frustrado, solo sirvió para aumentar el disgusto entre los gefes: pues convencido el Emperador de que en el general Méndez hubo una falta, le quitó el mando de la brigada de reserva dándosela en mala hora al coronel Miguel López: el general Miramon se desagradó por suponer, que la conducta de Méndez habia sido un medio de que se valian sus desafectos para privarlo de la gloria de un triunfo; y tambien porque al quitar á aquel gefe el mando de la brigada de reserva, se le dió el de la primera division de infantería. Estos motivos de descontento, que en todo caso debian ser malos, en aquellas circunstancias eran funestísimos; y léjos de procurar apagar-

se como lo exigia el bien público, habia personas interesadas en fomentarlos, lo cual ocasionó un desastre irreparable.

Con el convencimiento ya de que el ejército republicano no atacaria, sino que prolongaria el sitio; y con vista de la escasez de recursos de toda especie, que cada dia era mas apremiante, se pensó en tomar una resolucion definitiva, sobre lo cual preguntó el Emperador su opinion al general Márquez, quien en su manifiesto nos da la contestacion precisa en estos términos.

«Señor: si como soldado he de contestar, no puedo decir mas que debemos permanecer al frente del enemigo hasta que se decida la cuestion; pero si hemos de tener en consideracion la parte política y la existencia del Imperio que fácilmente puede desaparecer en esta Ciudad, creo que se debe ocurrir á los recursos del arte, y obrar extratéjicamente para salir de nuestra posicion.

«Por esto pues, si yo mandara aquí, que es el caso que V. M. me ha puesto; con el mayor sigilo organizaria mi marcha en el silencio de la noche, y al amanecer rompería el sitio, por el camino de Celaya en que serian derrotadas sin trabajo alguno las fuerzas enemigas que cubren esa línea y que no podrian resistir el choque de todo el ejército. Me posesionaria violentamente de la Estancia de las Vacas: daria el frente á la Ciudad, y esperaria al enemigo: que si iba á buscarme tenia yo segura la victoria en aquella excelente posicion, y si no, yo continuaba tranquilamente para Celaya, haciendo creer que me dirigia á Guanajuato. El dia siguiente en vez de ese camino tomaba el de Acámbaro, diciendo que iba á Morelia; y al otro dia en lugar de tomar este camino seguiria el de Maravatio é Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente á Toluca. Antes habia yo prevenido ya á la guarnicion de México que saliese á mi encuentro pose-

sionándose del monte de las Cruces, y antes tambien habia dado la órden para que la guarnicion de Puebla se replegase á México. De este modo reuniria, con los 9,000 hombres que hay aquí: 5,000 en México, 3,000 en Puebla, y 3,000 que, entre ambas ciudades se reclutarian fácilmente en pocos dias, un total de 20,000 hombres con 100 piezas de artillería de campaña, con lo que libraria una batalla campal, cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido á mis órdenes lo mas florido y lo mas afamado del ejército en generales, gefes y oficiales, terminando así la cuestion de una manera tan completa que quedaramos dueños enteramente de todo el país, puesto que, así como yo hubiera reunido todos mis elementos, tambien el enemigo habria reunido los suyos, de consiguiente al ser derrotado, quedaria sin ninguno.

Este camino Señor, es carretero y amplio, el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, ademas de dinero para socorrer la tropas; y dichas poblaciones estan unas de otras con poca diferencia á una jornada de distancia. No creo, Señor, que el enemigo que no nos batió en el Cerro de las Campanas, se atreviese á seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera, me batiria y correria mi suerte; y si no, llegaria tranquilamente á México para organizar el ejército, y salir al encuentro de mis contrarios.

«Al acabar yo de hablar brilló en el rostro del Soberano la satisfaccion y la alegría. Preguntó su opinion al general Mendez que lo escuchó todo, y este general contestó que cuanto yo habia dicho era lo mejor que podia hacerse. En esos momentos apareció el general Miramon, é impuesto de aquel proyecto por el Emperador, que cuidó de no decirle que era mio, porque así se lo ha-

bia yo suplicado, dicho general contestó estas palabras: «Señor, quien ha dicho eso á V. M. le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer.» ¿Vd. me responde del movimiento? le preguntó el Emperador. «Si Señor, yo respondo á V. M.» contestó Miramon. El general Castillo á quien fué á ver el Emperador en union mia, le respondió del mismo modo, comprometiéndose á igual responsabilidad. El general Vidaurri aceptó tambien la idea de la salida de Querétaro, queriendo solo que en lugar de ir á México, fuésemos á Monterey donde aseguraba al Emperador proporcionarle gente, cañones, armas portátiles, dinero y cuanto pudiera necesitar. Solo el general Mejía se opuso resueltamente al proyecto, diciendo, que era impracticable, porque apenas nosotros saliésemos de la Ciudad; el enemigo nos cargaria todas sus fuerzas, y nos hacia pedazos, sin darnos tiempo ni para formar.

«Ofreció al Emperador llevarle seguro hasta México con todas sus tropas, siguiendo el camino de la Sierra, pero con la condicion de abandonar en Querétaro toda su artillería, carros de municiones, comisaría, equipajes y todo lo demas que no fuera posible llevar por aquel camino. Los ojos del Emperador se arrasaron de lágrimas y dirigiéndose á mí me dijo estas palabras: «Es la primera campaña que hago en este país, y me da vergüenza volver á México, habiendo perdido mi artillería y mis trenes.»

Ese dia sin embargo quedó resuelta la salida del ejército á México, y se comunicaron las órdenes al efecto á los gefes superiores, lo mismo que al señor ministro García Aguirre, por quien lo supe con la calidad de orden reservada, como lo exigia la naturaleza del movimiento, fijándose la salida para la noche del 18. Al entrar la noche de ese dia, el mismo señor ministro me mandó avisar no tener ya lugar la salida por haberse tomado otra resolucion.

Este cambio lo ocasionó la oposicion del general Mejía y del coronel Ramirez Arellano: el primero se fundaba en lo que se ha dicho antes; y el segundo, era el que mas fomentaba la rivalidad entre Miramon y Márquez. Si el movimiento tenia mal éxito, sucumbia él como todos; si lo tenia feliz, la gloria era del general Márquez, lo cual queria evitar, procurando en todo la de Miramon. Por esto trabajó con empeño para disuadir á todos los gefes y al Emperador de esa salida, como en efecto se consiguió. Es verdad que si se hubiera conseguido la victoria sin salir de Querétaro, la gloria del ejército era mayor; pero quedarse encerrados en una plaza sin todos los elementos necesarios, era exponerse á un desastre, que al fin tuvo lugar hundiendo al país en un abismo.

Una vez resuelta la permanencia en la plaza, se siguió trabajando porque se diera el mando del ejército al general Miramon, que podria atacar al enemigo de una manera decisiva, para lo cual siempre no estaban conformes los gefes principales, y el emperador reunió una junta el dia 20 á fin de que discutiendo entre todos los generales las distintas opiniones que se proponian se fijara la resolucion mas conveniente. En esa junta se hizo mas palpable el mal efecto de la rivalidad entre los dos principales gefes del ejército, pues allí no solo fué censurada fuertemente la conducta del general Márquez, sino que aun se inició la idea de que era una cobardía querer abandonar la plaza, para cuya defensa debian hacerse salir de México algunos recursos, supliendo allí lo demas. Verdaderamente difícil era la situacion del Emperador, en el estado en que se hallaban las relaciones de sus dos principales generales. El general Márquez juzgaba y con razón, como lo demostraron despues los hechos, que si no se cortaba aquella situacion provocando al enemigo una accion campal, el resultado final habia